



Origen

Nació en el pueblo de San Miguel municipio de León, Guanajuato el 19 de diciembre de 1825. Bautizado el 22 de diciembre del mismo año en la parroquia de San Sebastián de la villa de León, Guanajuato con el nombre de José Julio.¹ Sus padres, de origen muy humilde, fueron el señor Telésforo Ramírez y la señora Ambrosia González.

Formación y estudio

Estudió latinidades con el apoyo de los padres del oratorio de San Felipe en la ciudad de León.³ Desde joven sintió el llamado de Dios a la vida religiosa e ingresó a la orden franciscana en el convento de Guadalupe en Zacatecas. Posteriormente, a la edad de 17 años, tomó hábito el 28 de septiembre de 1844.⁴ Realizó su profesión religiosa el 8 de octubre de 1845 en la que cambió su nombre de pila por el de Francisco de la Concepción, con lo que el nombre completo, para regocijo y regodeo de los que gustan de los nombres completos e interminables, sería el de Fray Francisco de la Concepción Ramírez y González.⁵ Enseguida cursó los estudios de *Filosofía, Teología y Hermenéutica Sagrada*.



Ministerio sacerdotal

El 21 de octubre de 1848 fue presentado para recibir las sagradas ordenes,⁷ pero se desconoce la fecha de su ordenación sacerdotal. Lo que sabemos es que colaboró ya como presbítero prestando caritativos servicios a los coléricos en una de las epidemias que asolaron el país.⁸ En el capítulo XLIX celebrado en colegio de Guadalupe en Zacatecas el 22 de noviembre de 1851 fue electo para ejercer el importante cargo de Maestro de novicios, en cuyo desempeño fue ejemplarísimo.

El Obispo de Linares, Francisco de Paula Vereá y González después de ser consagrado tomó posesión de su diócesis por medio de un apoderado, llegando a Monterrey el 25 de diciembre de 1853. Después de organizar la Curia, emprendió la visita del vasto territorio de su diócesis que la conformaban los Estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Para que pudiera conocer dicho territorio, que abarcaba una larga extensión del noreste mexicano, tuvo que haber planeado y realizado constantes visitas pastorales en los primeros cuatro años de su gobierno.



El 27 de enero de 1854 se lleva a cabo en el colegio de Guadalupe el capítulo L en el que Fray Francisco Ramírez no aparece en ningún cargo,¹¹ esto nos hace suponer que ya desde principios de ese mismo año fue asignado por sus superiores para acompañar al señor Verea en su visita pastoral, destacándose por sus virtudes, celo y actividad en las misiones.

Promulgada la Constitución de 1857, el Señor Verea tomó la decisión de enviar un instructivo al Cabildo, párrocos y clero secular, prohibiendo la aplicación de esa ley y del contenido de la Constitución contrario a la independencia de la Iglesia.¹³ Esto molesto a las autoridades que motivo a que en septiembre de 1857 salió desterrado de su Iglesia el señor Verea hacia Zacatecas y llegó al colegio de Guadalupe, probablemente animado por Fray Francisco Ramírez que lo había acompañado esos últimos años en la visita pastoral y que sabía que el obispo tendría buena aceptación en el colegio.

El 1 de agosto de 1859 los frailes fueron obligados a abandonar el convento. En la lista de frailes exclaustrados Fray Francisco Ramírez aparece en el cargo de comisario de misiones, esto debido a su experiencia adquirida al acompañar al Obispo de Linares en su visita pastoral.¹⁵ La comunidad de frailes era de ciento quince religiosos, fueron acogidos en su mayoría en el convento de San Fernando de la Ciudad de México, en el que el 28 noviembre 1860 se celebró un capítulo en el Fray Francisco Ramírez resulto elegido tercer discreto.¹⁶ Menciona Esparza Sánchez que el discretorio de este capítulo era meramente nominal, debido a que toda la comunidad andaba dispersa.

Durante la estancia del señor Verea en la Ciudad de México intentó gestionar con el presidente Benito Juárez su regreso a Monterrey. Juárez lo exceptuó de la expulsión general de todos los prelados mexicanos que dictó a principios del año 1861. El señor obispo de Linares no quiso librarse de la suerte de sus hermanos mitrados partiendo con destino hacia el puerto de Veracruz, en donde estuvo prisionero del Castillo de San Juan de Ulúa junto con el resto de los obispos, hasta que pudieron salir del país embarcándose rumbo al destierro en Roma por febrero de 1861. Acompañó al señor Verea, en calidad de familiar, Fray Francisco de la Concepción Ramírez, antiguo colaborador suyo en las visitas pastorales y misiones que dieron en la Diócesis de Linares, particularmente en los lugares lejanos que no recibían visita de sacerdote alguno desde hacía muchos años.

Casi todo el tiempo del destierro el Señor Verea vivió, con fray Francisco Ramírez, en Roma, con excepción del corto viaje a Bohemia para venerar los restos de San Juan Nepomuceno, de quien el señor Verea era devoto y otro viaje a Tierra Santa acompañados del Obispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos.

En su visita pastoral de su diócesis, el señor Verea se había dado cuenta de la imposibilidad de atender bien las necesidades religiosas del enorme territorio de la Diócesis de Linares. Por tanto, en su estancia en Roma logró del Santo Padre Pío IX la erección del Vicariato Apostólico de Tamaulipas y propuso que fuese consagrado obispo y nombrado Vicario Apostólico Fray Francisco de la Concepción Ramírez.



La propuesta fue aceptada por su Santidad que le extendió, sin aguardar al próximo consistorio, su nombramiento como *obispo-in-partibus* de Caradro mediante Breve firmado el 28 de junio de 1861.

El 4 de agosto de 1861 con la sencillez del obispo electo, el espíritu evangélico del que se hallaba animado y la absoluta falta de pompa y solemnidades, fue consagrado obispo por el Cardenal Constantino Patrizi Naro, en el oratorio privado de su palacio. Asistieron como co-consagrantes el Arzobispo Alessandro Franchi y el Obispo Francisco de Paula Vereá. Diversas fuentes varían con respecto a la fecha de la ordenación episcopal, mientras el señor Montes de Oca señala el 21 de julio de 1861, el padre Tiscareño el 5 de agosto y en una lista del episcopado del imperio apunta que la fecha fue 4 de agosto.

El Breve Pontificio firmado por el Papa Pío IX el 13 de agosto de 1861 mandaba que *...toda la región que se llama Tamaulipas y que en lo temporal obedece al gobierno civil de este mismo nombre... quedara segregada de la Diócesis de Linares y sería constituido Vicariato Apostólico. Se nombró vicario apostólico al obispo de Caradro, don Francisco Ramírez y González mediante nombramiento firmado el mismo día.*

Tras una larguísima serie de arzobispos y obispos españoles que habían regido los destinos de las arquidiócesis y diócesis mexicanas, tocó a fray Francisco Ramírez ser el primer obispo mexicano electo y consagrado.

Regreso a México

En 1862, México estaba cerrado a los obispos que acababan de ser desterrados, el país se hallaba revuelto; el Estado de Tamaulipas nada seguro. La frontera tamaulipeca se encontraba custodiada por los liberales, José N. Prieto, jefe político y comandante militar del distrito de Matamoros emitió el 29 de marzo de 1862 una proclama invitando al pueblo a resistir y a luchar en contra de los invasores extranjeros, además, don José María Carbajal se encontraba patrullando toda la ribera del río Bravo con una fuerza armada defendiendo el Estado.

Como era imposible que don Francisco Ramírez entrara a tomar posesión de su vicariato, su mala estrella lo llevó a Orizaba, Ver., que se encontraba ocupada por el ejército francés. Los soldados mexicanos que militaban con los franceses lo persuadieron a quedarse en su compañía, creyendo que con la presencia de un obispo entre ellos daría no poca influencia a su causa. Esto cerró al Prelado las puertas de su vicariato, y lo arrastró por la pendiente resbaladiza de la política, en cuyas aguas naufragó.

A principios de 1863 las fuerzas francesas abandonaron Veracruz para trasladarse a Puebla, el señor Ramírez intentó, sin éxito, introducirse al vicariato a él encomendado, esto lo encontramos en una carta fechada el 13 de febrero de 1863 de parte de los gobernadores de la mitra de Linares que comunican la llegada del señor Obispo Ramírez a Brownsville:



El día 22 de enero ha llegado de la capital del orbe cristiano a la ciudad de Brownsville nuestro Ilmo. Prelado después de haber pasado por las molestias consiguientes a un dilatado y penoso viaje y por el inminente peligro de naufragar y aún de ahogar a que estuvo muy expuesto el mismo día. Por todo debemos estar muy agradecidos a Dios Nuestro Señor y obligados a tributarle infinitas gracias por el beneficio tan especial que ha dispensado a S.S. Ilma. no menos que a su Diócesis conservándola un prelado tan inminente e ilustre.

Regencia del Imperio

El 10 de junio de 1863 los franceses lograron entrar a la Ciudad de México luego de ser desocupada por las fuerzas republicanas. Se estableció un gobierno provisional y la formación de una Asamblea de notables conformada por 215 miembros mexicanos, que ayudarían a decidir el destino del nuevo gobierno, entre ellos figuró por el Estado de Guanajuato el ilustrísimo señor Francisco Ramírez, Obispo de Caradro.

El ilustrísimo señor Ramírez llegó a la Ciudad de México el 6 de julio. La Asamblea de notables quedó solemnemente instalada el 8 de julio; por la mañana se celebró una Misa de Espíritu Santo en la Catedral, celebrando de pontifical el obispo Ramírez con la asistencia de los miembros de dicha asamblea.

Monarquía

El 4 de mayo de 1864, mediante una carta enviada al obispo Ramírez de parte del prefecto superior político del departamento de Guanajuato se le comisionaba para representar a la prefectura superior de Guanajuato junto con los señores, Octaviano Muñoz Ledo, general Platón Roa, Marcelino Rocha, Pedro Jorin y Carlos Robles para recibir al emperador Maximiliano.

El domingo 12 de junio de 1864 hicieron su entrada triunfal a la Ciudad de México sus majestades el emperador Maximiliano de Habsburgo y la emperatriz Carlota de Bélgica.

Entrando a la ciudad, después de una pequeña recepción en la que recibieron las llaves de la ciudad subieron a una carroza que los traslado por las calles de la ciudad hasta llegar a la Catedral. La comitiva fue recibida en el atrio por las comisiones que allí aguardaban, presididas por los señores subsecretarios de Estado. Hasta las primeras gradas del mismo atrio salieron a recibir a SS. MM. y a introducirlos bajo palio al templo, los ilustrísimos señores arzobispo de México, arzobispo de Michoacán y los obispos de Oaxaca, Querétaro, Tulancingo y don Francisco Ramírez, obispo de Caradro, con el cabildo metropolitano, los párrocos y todo el venerable clero de la capital.

El Arzobispo de México comenzaba a molestar y causar hostilidades al emperador, por lo cual el 6 de julio de 1864, Maximiliano notando cierto desvío de los demás obispos hacía el de Caradro, se fijó en él y en atención al mérito, circunstancias y al celo que manifestó en el cumplimiento de sus deberes religiosos lo nombró *Limosnero Mayor de la Corte Imperial*, más que por honrar a la persona fue con el objeto manifiesto de oponerlo al Arzobispo Labastida. Este nombramiento hizo aparecer al episcopado dividido entre sí, sin estarlo en realidad.



Como Limosnero Mayor estaba encargado de la capilla de palacio, de la parroquia de la Corte, del ceremonial de la Iglesia, de los sermones de Cuaresma y de la música religiosa. Era el Obispo de la Corte en cualquier sitio donde esta se encontrara, y tenía la superintendencia de todo lo perteneciente al Oficio Divino en las capillas imperiales. Asistiría a las funciones religiosas, a las presentaciones del Nuncio Apostólico y a las del alto clero. De esta suerte, el que era infatigable misionero quedó improvisado en cortesano y el recién Vicariato quedó en situación anómala, por lo que tuvo que recurrir a la ayuda del Señor Obispo Verea para encargarse de su gobierno.

Envió al Señor Verea la Bula papal de la erección del Vicariato acompañada de una carta fechada el 19 julio 1864 en la que le encargaba el gobierno del Vicariato al Obispo de Linares. El señor Verea, el 19 de agosto de 1864 mediante un edicto procedía a la erección canónica del Vicariato Apostólico de Tamaulipas y nombraba al presbítero Juan José Calixti, Vicario General y que residiría en la Ciudad Victoria.

Visita a Tampico

Tan pronto como las armas imperiales restablecieron el orden y removieron los obstáculos amontonados por la situación de rebeldía, el ilustrísimo señor Francisco Ramírez entró en posesión y tomó las riendas de su gobierno. El 14 de noviembre de 1864 marchó de la Ciudad de México a Tamaulipas. El 21 de noviembre arribó a San Luis Potosí, en las pocas horas que permaneció en la ciudad fue visitado y visitó a varias personas notables del vecindario, que quedaron sumamente complacidas, de su notable modestia y fino trato; cualidades que, como sus demás eminentes prendas, lo consideraron ventajosamente entre los distinguidos prelados de la Iglesia Mexicana. Continuo su apostólico viaje al departamento de Tamaulipas el 23 de noviembre.

El señor Ramírez hizo su entrada a la ciudad de Tampico el 4 de diciembre de 1864 y fue solemnemente recibido.⁴³ La llegada de su ilustrísima con las respectivas comisiones que salieron a encontrarlo a tres leguas de distancia, tuvo lugar a las ocho de la noche, a cuya hora arribó de Tancasnequi por el río. La recepción que preparó el señor Manuel González Villalobos, prefecto municipal del distrito, no pudo ser ni más solemne, ni más brillante, cooperando eficazmente el señor comandante superior, que concurrió con su oficialidad al Te Deum que se cantó en la iglesia parroquial, en acción de gracias al Todopoderoso, por tener en su seno a tan distinguido y respetable prelado.

El señor comandante superior tuvo la complacencia y cortesanía de formar valla a su ilustrísima, designando una guardia de honor que permaneció en la puerta principal de la casa del señor Ramón Obregón, destinada para el alojamiento del obispo. Tanto el señor González como el señor cura párroco don Guadalupe Sánchez, se esmeraron en la cordial recepción de su vicario apostólico, quien no sólo quedó altamente satisfecho y agradecido de las demostraciones tan espontáneas y espléndidas, sino que vio con la mayor complacencia y gratitud, el testimonio indudable de atención, respeto y simpatía de los habitantes de esa ciudad.



Su señoría quedó infinitamente satisfecho y reconocido por los repetidos testimonios que se le dieron de amor, respeto y consideraciones que merecieron los habitantes de esa ciudad, manifestándolo así en el improvisado y sentido discurso que pronunció en la iglesia parroquial el día 8 de diciembre con motivo de la festividad de la Inmaculada Concepción, en la que cantó su primera misa el nuevo sacerdote don Luis Dueñas Caballero a quien sirvieron de padrinos los señores Domingo Isasi, cónsul de S.M.C., Ramón Obregón, Luis de la Lastra y Eduardo de la Torre. Terminada esta brillante y solemne ceremonia, el señor Obregón, en cuya casa estaba alojado su ilustrísima obsequió con una abundante y esplendida comida de treinta cubiertos, a las personas más distinguidas de la ciudad, quedando altamente complacidos los concurrentes de la amabilidad y finura del obispo, cuya modestia, sencillez y franqueza le conquistaron ahí innumerables amigos.

Durante su estancia en Tampico, el obispo se mostró eminentemente conciliador, inteligente y caritativo, y cuando se le escuchaba hablar inspiraba tanta confianza, que atraía hasta a las personas más indiferentes. Además, llevó consigo cinco sacerdotes que ingresaron al clero de Tamaulipas, y pronto salieron para sus respectivas parroquias, cuyos feligreses carecían desde hace tiempo de pasto espiritual.

Monseñor Ramírez salió de Tampico con destino a México el 10 de diciembre, permaneció pocos días en Tampico por tener que estar en la capital del imperio el 24 del mismo, con motivo de la llegada del Nuncio de su Santidad y los deberes que tenía que cumplir cerca del emperador.

Si grande fue el entusiasmo y la alegría con que se recibió a tan venerable prelado por las autoridades y pueblo tampiqueño, las demostraciones que todas las clases lucieron en el tiempo que permaneció en esa ciudad, superan a todo elogio. Su permanencia y despedida, efectuada a la una de la tarde del expresado día, fue una serie ininterrumpida de ovaciones. El comandante superior Jacquin ordenó formar una columna de honor que acompañó al señor Ramírez, haciéndolo enseguida la multitud que estaba con anticipación en el desembarcadero para dar el último adiós a su respetable prelado.

El señor David Jolly, mandó adornar y empavesar el vapor "Mosquito", que estaba a su cargo, con el fin de que su ilustrísima diese un paseo por la parte más pintoresca del río, llevándolo hasta la barra, de donde podía gozarse al regreso del hermoso panorama que presentaba esa ciudad, establecida al pie de una colina rodeada de otros, y coronadas de todas de una vegetación frondosa de eterna primavera. Durante tan agradable paseo, llevaba a remolque el "Mosquito" seis lanchas con sus banderas para que el obispo, el señor prefecto municipal y demás personas distinguidas que formaban la comitiva, pudieran continuar su viaje a Pueblo Viejo por no haber calado suficiente para el Remolcador; y si a esto se agrega la hermosa vista que presentaba la bahía con todos los buques extranjeros y nacionales empavesados con gusto.

En Pueblo Viejo, Veracruz descanso esa noche para continuar su marcha a la mañana siguiente rumbo a Tampico Alto. Su salida de ese puerto dejó profundos recuerdos de admiración y gratitud, no sólo a ese vecindario, que recibió tantas pruebas de bondad y benevolencia de su señoría ilustrísima prodigando a los enfermos y a los presos, cuyos establecimientos visitó, todo género de consuelo y atenciones, recibiendo igualmente cuantos tuvieron el placer de conocerlo.



Regresó a la capital del imperio con el sentimiento de no haber hecho una visita a Ciudad Victoria, como eran sus deseos; pero la premura del tiempo y dificultades insuperables del momento, le privaron de verificarlo. Pero se tenía la satisfacción de volverlo a ver en el próximo mes de abril para fijar definitivamente su residencia en Tamaulipas, cuya grey estaba encomendada.

En su viaje de regreso a la capital visitó algunos de los curatos de la huasteca, en los que se enfermó de calenturas al igual que su secretario, el padre Pascual B. Aguirre y algunos mozos. Se le trasladó en camilla hasta la ciudad de Tulancingo a la que llegó el 29 de diciembre a las once de la mañana y se alojó en la casa del general Pavón. En cuanto se recuperó retomó su viaje a la capital del imperio llegando a ella el 5 de enero.

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Roma.

Desde 1863, el Imperio Mexicano solicitó que desde Roma se enviara un nuncio para México para establecer los arreglos, al no poder llegar a un acuerdo el nuncio decide abandonar el país sin llegar a un acuerdo. Ante el curso de los acontecimientos, el 29 de enero de 1865, Maximiliano resuelve enviar una comisión al Vaticano encabezada por Joaquín Velázquez de León, Joaquín Degollado y don Francisco Ramírez como enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios. Su misión básicamente consistió en instruir a Su Santidad de la situación del país, para que, con su conocimiento, removiera los obstáculos y evitará los peligros que simultáneamente amenazaban al altar y al trono.

El obispo Ramírez, de cuya buena fe y cándida sencillez abusaron los astutos miembros de la corte, hasta el punto de hacerle aceptar tan extraña misión, de la cual no pudieron disuadirlo los buenos consejos de sus hermanos en el episcopado, decidiéndole finalmente las melosas palabras de la aguda Emperatriz Carlota, quien aplicándole las palabras de Jesucristo: *Beati pedes evangelizantium pacem* (¡Qué hermosos son pies del mensajero que anuncia la paz), logró hacerle creer que iba a obrar grandes cosas en favor de la Iglesia.

Misión en Europa

La comisión salió de la Ciudad de México rumbo a Europa el 10 de febrero de 1865. El lunes 16 de febrero llegó la comisión a Orizaba por la tarde, continuaron el día siguiente su viaje para Veracruz, con la escolta que estaba previamente dispuesta, como se sirvió recomendar el Ministro de Guerra. Llegaron a Veracruz en la tarde del 18 de febrero, fueron recibidos en el paradero del ferrocarril por el señor prefecto del distrito, el señor presidente del ayuntamiento y una comisión de este cuerpo. Se embarcaron para Europa el día siguiente en el vapor "Louisiana".

El emperador mandó que antes de llegar a Roma, la comisión pasara a Francia para pedir consejo a Napoleón III. Cuando los señores Velázquez de León, el obispo Ramírez y el general Márquez llegaron a París el 22 de marzo de 1865 fueron recibidos el primero y el tercero en audiencia particular con el emperador y la emperatriz, con quienes estuvieron más de dos horas.



El general Márquez siguió a Constantinopla y regresaría a París a curarse. Los señores Velázquez y Ramírez salieron el 30 de marzo para Roma. Llegando a Turín el 13 de abril.

Al pontífice le desagradó mucho que antes de verlo a él, se hubiera visitado al emperador francés y lejos de lo que Maximiliano pensaba, Pío IX no estaba dispuesto a dejarse presionar ni a mostrar ninguna debilidad de poder frente a Napoleón aceptando un concordato que iba totalmente en contra de la política que él exigía para la Iglesia mexicana.

La nacionalización de los bienes eclesiásticos decretada por emperador le acarrearón muchísimos más problemas que soluciones, ya que, cuando la comisión mexicana llegó a la Santa Sede, ya se habían recibido ahí las noticias de las políticas recientemente emprendidas por el emperador de México y la negociación se hizo mucho más difícil. El 23 de abril todavía no había sido recibida la comisión por el Santo Padre. La curia romana sostenía que estos decretos prejuzgaban las cuestiones que se habían de arreglar por el Concordato de una manera tal, que no dejaba lugar a negociaciones serias. Sin embargo, el Papa estaba dispuesto a recibir a la comisión para oír de ellos todas las explicaciones que pudiesen dar en justificación de su gobierno.

Al ser recibida la comisión representante del Imperio Mexicano, en el Vaticano se nombró una junta de diez cardenales que se encargaría de estudiar las propuestas de Maximiliano y, asimismo, se designó a monseñor Alejandro Francchi, subsecretario de Negocios Extranjeros, para que tratara directamente con los enviados mexicanos.

De este modo la comisión mexicana tuvo dos conferencias con el subsecretario Francchi. Monseñor Ramírez tuvo una larga audiencia con el Santo Padre. El 27 de mayo, el obispo Ramírez escribió una carta a Maximiliano explicando los avances de la misión en Roma y de manera personal invitándolo a ceder un poco en las condiciones del concordato que proponían a la Santa Sede.

La respuesta del Vaticano a las propuestas de la comisión mexicana se dio a conocer en septiembre de 1865 y, como era de esperarse, en ella se hacía manifiesta la total reprobación del Papa a los puntos planteados por el Emperador Maximiliano. Así, mediante una exposición en la que Pío IX refutó uno a uno los puntos del concordato de Maximiliano, también dejó claro que no permitiría que el poder laico se inmiscuyera en modo alguno en los asuntos de la Iglesia en México.

A mediados de 1866 todo se volvía contra el imperio de Maximiliano. Varias voces leales y amigas le hicieron ver a Maximiliano que la situación estaba perdida y que la salida más conveniente era la abdicación. Éste examinó la sugestión a finales de junio y se inclinó a seguirla, cuando intervino Carlota. Según ella, aún había posibilidades de triunfar, no debía hacer a un lado los esfuerzos realizados, había que luchar, por lo que se ofrecía a ir a Europa y pedir a Napoleón y al Papa que ayudasen al imperio. Maximiliano aceptó la propuesta y concibió la esperanza de que la intervención de su esposa permitiría modificar la situación, salió de México rumbo a Roma para interceder por el imperio y su esposo.



El 26 de septiembre Su majestad Carlota, emperatriz de México fue recibida en Ancona con un gran almuerzo ofrecido por la comisión mexicana en Roma, de la que el obispo Ramírez formaba parte. Por la tarde de ese mismo día salió la comitiva acompañando a su majestad rumbo a Roma llegando a la ciudad eterna a las once de la noche, bajo una lluvia pertinaz y en plenas tinieblas. Sin embargo, la estación estaba profusamente iluminada y cubierta de adornos y una multitud inmensa se agolpaba para ver bajar del tren a la emperatriz de México. Su majestad y comitiva pasaron los días en Roma en un suntuoso edificio denominado *Albergo di Roma* que se encuentra ubicado en el Corso, frente a la iglesia de San Carlos. El día de su llegada Carlota recibió al cardenal Antonelli, quien iba en nombre del Papa a darle la bienvenida.

El día 27, Su Santidad Pío IX recibió a la emperatriz y a las personas de su comitiva. Con respetuoso y admirativo silencio atravesaron varias galerías hasta llegar a la sala del trono, en donde se encontraba sentado en un sillón rojo y oro el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Al acercarse la emperatriz al trono pontificio, Pío IX se puso de pie y Carlota se arrodilló para besarle la sandalia, pero el Papa, cariñosamente se lo impidió, tendiéndole la mano derecha y permitiéndole sólo posar sus labios en el anillo del pescador. Enseguida la invitó a sentarse en un sillón que se había colocado a su derecha y todas las personas del séquito de su majestad desfilaron ante el Pontífice, arrodillándose para besar la sandalia papal. Terminado el desfile, el Santo Padre les dio la bendición y todos salieron del salón dejando solos al Papa y Carlota.

Los empleados del Vaticano permitieron a la comitiva recorrer las galerías y salas del palacio, visitaron la capilla Sixtina, la capilla Paulina, el patio de San Dámaso y las logias de Rafael. Estaban recorriendo los vastísimos jardines cuando se les avisó que la entrevista había terminado. Salieron del palacio mudos e inquietos por saber cuál había sido el resultado de la entrevista. Al llegar al hotel acompañaron todos a la emperatriz hasta el salón donde ansiosos esperaban que les dijera algo que calmara su ansiedad, pero sombría y taciturna los saludó con la cabeza y dijo secamente: "Pueden ustedes retirarse". La mayor consternación reinó desde ese día entre todo el séquito real.

El 29 de septiembre pagó el Pontífice su visita a la soberana, Pío IX llegó acompañado de su séquito de prelados y Carlota lo recibió en el salón del hotel donde habló largo rato con él. Terminada esta nueva entrevista fueron todos llamados para recibir la bendición de manos del Papa. Su majestad permaneció el resto del día encerrada en su habitación hasta que el 30 de septiembre a las seis de la tarde pidió la llevaran al Vaticano. Vestía de luto y con el rostro demacrado, al llegar al Vaticano pidió hablar con el Papa al cual le manifestó que iba a pedirle hospitalidad, pues sólo en el Vaticano se consideraba segura de los asesinos enviados por Napoleón para matarla, como tampoco de sus ministros infieles. Pío IX desconcertado trató de calmarla, pero ninguna palabra bastaba para calmar la terrible excitación nerviosa de la soberana. El médico de cámara de Su Santidad declaró que la emperatriz sufría un terrible ataque de enajenación mental. Pasó esa noche en el palacio papal. Muy entrada la noche regresaron los chambelanes y el ministro mexicano, que habían sido llamados para auxiliar a la emperatriz, se reunieron en la sala del hotel los señores don Martín Castillo, conde del Valle, el marqués del Barrio, el ministro Velázquez de León, don Felipe Degollado y el obispo Ramírez y decidieron esperar al día siguiente para ver qué cosa era lo más conveniente hacer.



Al día siguiente, 1 de octubre, Carlota consiguió mejorar y decidió regresar a su alojamiento, pero dijeron a las personas de quienes desconfiaba que no aparecieran para evitar otro episodio similar al del día anterior. Se le dio aviso al hermano de Carlota, el Conde de Flandes, quien acudió a Roma para llevarla el 8 de octubre a Miramar. La comisión extraordinaria se vio interrumpida y decidieron darla por terminada.

El día 9 de octubre de 1866, don Francisco Ramírez escribió una carta a Maximiliano informando sobre la enfermedad de Carlota y reconociendo que *no pudo hacer mucho en la misión a él encomendada* consolado en que el emperador era consciente que no fue culpa del obispo. Termina la misiva adhiriéndose al emperador y al imperio y reafirmando su deseo seguir haciendo el bien a la Iglesia y a la nación mexicana.

Exilio

Así, después de pasar un año en Roma intentando lograr el éxito de las negociaciones con el Papa, la comisión del emperador regresó a México con las manos vacías. Llegó en el buque "Nazario" el ilustrísimo señor Ramírez a Veracruz el 22 de febrero de 1867 en los momentos en que caía el imperio y tuvo que emigrar a Cuba donde residió por unos meses en la Habana. Tras un largo exilio en Cuba y cuando ya estuvo más calmada la situación en nuestro país, don Francisco intentó llegar a México entrando por Estados Unidos. Mediante un oficio se comunicó a todo el Vicariato de Tamaulipas del arribo del ilustre prelado el 18 de diciembre de 1868 a las diez de la mañana a Brownsville.

Allí permaneció en Brownsville sin poder penetrar en Tamaulipas, hizo algunas expediciones por la margen texana del Río Bravo, a donde acudían sus diocesanos de la otra ribera a oírlo predicar y a recibir los sacramentos. El 14 de febrero de 1869 se corrió el rumor de que el obispo Ramírez había sido reducido a prisión en Matamoros, lo cual resultó no ser cierto, pues el obispo no pasó al lado mexicano porque necesitaba el permiso correspondiente.

Fallecimiento y memoria

El 17 de julio de 1869 el ilustre prelado comenzó a tener malestares, por lo cual, viajó a las desiertas playas de Brazo de Santiago para mudar temperamento. Al día siguiente a las once de la mañana, el obispo Ramírez falleció, según se dice de una indigestión causada por haber comido melón después de tomar chocolate. Murió en el año octavo de su episcopado a la edad de 43 años, 6 meses 29 días.

Su enfermedad fue muy violenta y las autoridades de Brownsville creyeron que se trataba de un caso de colera asiático, por lo que no permitieron sepultar el cadáver en el cementerio de esa ciudad. Tuvieron que sepultar sus restos a las pocas horas de su fallecimiento en un cementerio abierto en el Frontón de Santa Isabel, entre los cuerpos de los pocos marineros, que, en aquella playa abrasada y casi desierta, hallaron en la arena sepulcro.



Los señores eclesiásticos de Brownsville dispusieron honras fúnebres por el eterno descanso del obispo, cuyas ceremonias comenzaron al día siguiente de su muerte. Varias personas respetables de Brownsville abrieron una suscripción para atender a los gastos para la traslación de los restos del finado a esa ciudad y colocarlos en el lugar que creían correspondiente, cuyo acto no se verificó inmediatamente.

Es hasta 1875 en que el ilustrísimo señor Ignacio Montes de Oca sacó los restos del señor Ramírez de su olvidada tumba y los depositó en Brownsville. Hasta que en 1879 sus restos pudieron ser trasladados a la iglesia parroquial de Matamoros.

Sabida en Roma la muerte del ilustrísimo señor Ramírez, la Santa Sede nombró Vicario Apostólico al presbítero don Pascual B. Aguirre, antiguo compañero y secretario del primero y hasta ese momento Vicario General y gobernador del Vicariato. No se le confirió la dignidad episcopal. El señor Aguirre gobernó el Vicariato hasta su extinción.

